

Crítica y compromiso en el siglo XX

Mónica Marinone

Michael Walzer, crítico social estadounidense cuyo interés especial es la filosofía política, miembro del Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Princeton, es autor de **La compañía de los críticos**¹, un excelente ensayo producto de ocho años de trabajo que ha sido traducido y editado recientemente por Nueva Visión. En este tiempo, cuando ciertos modelos muy fuertes para los intelectuales de izquierda, como el comunismo, han fracasado y nos preguntamos continuamente acerca de la presencia o ausencia de los críticos, sus silencios, los distanciamientos o el compromiso que entablan con la vida pública, resulta estimulante circular por las páginas de un volumen que se refiere simultáneamente a la historia y la política, evocando la vida y la producción de hombres y mujeres de izquierda más o menos familiares, pero “conectados” de un modo u otro, con aquellos acontecimientos y movimientos sociales que han marcado nuestro siglo.

El texto de Walzer se organiza en Introducción -precedida por agradecimientos y prefacio -, once capítulos que se concentran en cada uno de los intelectuales que constituyen la serie -Ju-

lien Benda, Randolph Bourne, Martin Buber, Antonio Gramsci, Ignazio Silone, George Orwell, Albert Camus, Simone de Beauvoir, Herbert Marcuse, Michel Foucault y Breyten Breytenbach- y una Conclusión. Algunos de los capítulos (sobre J Benda, A Camus, M. Foucault) revisan lo que fueron en sus orígenes conferencias sobre crítica social dictadas en distintas Facultades y Universidades (Princeton, Jerusalén, Missouri, Brooklyn) y posteriormente ensayos aparecidos en volúmenes colectivos o revistas especializadas.

El problema que nuclea la investigación de Walzer es qué tipo de vinculación establece el crítico -el especialista- con los hombres y mujeres comunes; esta cuestión aparece identificada como central desde los inicios de la época moderna, que es cuando los intelectuales desarrollan una crítica más sistemática y en función de esto empiezan además a preguntarse por el lenguaje que usan, el espacio que los separa de los otros, su modo de inclusión en lo social, etc. La imagen de la caverna de Platón desde la que se distingue una zona interior y otra exterior; nociones como "conexión", "desconexión", "distancia" o el intento por responder a ciertos interrogantes -cómo se planta un crítico frente a los demás, qué tipo de autoridad pretende, dónde encuentra sus normas, qué lenguaje habla, qué motivos lo impulsan, etc-, se repiten articulando de diversas formas el problema que funciona como hilo conductor entre los capítulos. Es por esto que, si bien circulamos por una historia de la función crítica -especialmente europea y americana- durante el s. XX, a través de cierta sucesividad cronológica que guarda el armado mismo de la serie y de cierto proceso que se va delineando, también, desde recurrencias notables y de ningún modo arbitrarias que comprometen además, la forma de construcción de la exposición en cada caso y una re-

cuperación de los argumentos expuestos, nos es posible examinar modalidades de lo mismo, “un tema con variaciones”(8).

La atractiva proposición de que parte Walzer es la asimilación de la **crítica** a una forma especializada de la **queja**, identificación que es particularmente útil a sus fines, pues por un lado, le permite reunir a once hombres y mujeres vinculados con diferentes disciplinas y prácticas, a quienes denomina indistintamente críticos o intelectuales -sin entrar en el debate de las definiciones que arrastra esta última palabra-, y por otro, lo instala de lleno en el problema central del texto: la queja involucra necesariamente al crítico con el resto de su sociedad. En este último sentido, toma su tiempo en plantear las diferencias entre ambos ejercicios: mientras la queja de la gente común aparecería sólo como un rezongo, la del crítico se propondría como un desafío en voz alta a otros hombres, estructuras, tendencias, códigos, movimientos establecidos, etc, que lo ubicaría a esa “cierta difícil distancia” de su sociedad capaz de posibilitarle ver primero y hacer ver después, “equilibrando solidaridad y servicio” (234).

La Introducción funciona como zona de actualización de una historia simplificada de la práctica crítica en un antes y un después de la modernidad, donde Walzer plantea el ajuste de afirmaciones y supuestos que interesarán como disparadores del desarrollo de la propuesta. También anticipa allí consideraciones propias sobre las cuestiones e interrogantes que serán recurrentes después: en principio, el lenguaje de los críticos, que aparece como una de las grandes preocupaciones del autor, por ser el primer signo que definiría la distancia adoptada respecto de los demás. Es ésta justamente una de las marcas identificadoras de su compañía de críticos, pertenecientes todos a lo que denomina **la corriente principal**

...los que se ubican suficientemente próximos a su audiencia y tienen la confianza suficiente en su posición como para no verse llevados a utilizar lenguajes altamente especializados o esotéricos.
(19)

Además, revisa el sentido de heroicidad con que algunos connotan la función crítica, que tiene que ver con los riesgos y peligros, pero también con la distancia asumida, el medio social y la situación histórica en que se desarrolla; la noción de pluralismo crítico, de acuerdo con las versiones recuperadas o construidas por los intelectuales a lo largo de la historia y en función de distintos acontecimientos o movimientos; los motivos -pasión, rabia, miedo, ambición, benevolencia, desilusión- que movilizan e impulsan la tarea crítica, entre otros.

En general, los capítulos parten de la reflexión sobre textos -ensayos, novelas, poemas, crónicas, artículos periodísticos, etc- de cada intelectual de la serie, que interesan particularmente a Walzer porque le permiten trabajar con comodidad el problema central desde el aspecto que recorta en cada caso; es muy insistente el detenimiento en los detalles biográficos, de modo tal que no sólo se focalizan los argumentos teóricos de los críticos, sino su política práctica, la conexión o desconexión entre esos órdenes ante situaciones históricas determinadas. El ensayo es muy útil asimismo, porque no desconsidera en ningún momento la revisión de estudios críticos sobre los textos estudiados; desde unos y otros, que operan a manera de puntos de anclaje, el autor proyecta sus interpretaciones, adhiriendo o polemizando, pero también construye -y esto es quizás lo más atractivo a nuestros ojos- su propio modelo de crítica social, definido sólo como una posible "manera de llevar adelante las cosas" (228), cuando ya no

se cuenta con instrumentos teóricos instruidos por la Historia que funcionen como marco de referencia

El análisis de los argumentos de Julien Benda sobre los intelectuales y la política intelectual abre la serie de capítulos apareciendo, en una lectura de la trayectoria construida, como la instancia inicial más apropiada. Walzer examina detenidamente lo que considera "la mejor exposición singular del credo de los intelectuales críticos..." (35), una descripción clásica y apasionada de un programa generado -y no siempre respetado por Benda en su vida- a principios de siglo, fundado en la necesidad de apartamiento del intelectual trabajando en soledad crítica, separado de lo social. Walzer expone aquí una intención respecto del estudio de Benda que, pensamos, puede ser leída respecto de **La compañía de los críticos** en su totalidad: re-escribir el programa -su propio guión del mismo. Destacaríamos de su análisis sólo dos aspectos -uno revalorado y otro cuestionado- justificadores de la elección de Walzer en función de su proyecto: la noción de moralidad sosteniendo la tarea del intelectual y, vinculado con esto, la crítica más fuerte a Benda: su dualismo radical, que dividiría al mundo en dos -una zona ideal (moral), no sociológica, habitada por intelectuales y el espacio cercano e inmediato, ocupado por políticos y soldados. Justamente aquello que Benda lee como una de las causas de la "traición" de los intelectuales -esa fisonomía demasiado similar que iban adquiriendo con los hombres comunes, con la "masa"- permite a Walzer emprender un itinerario que tendrá como uno de sus objetivos esenciales asociar la idea de los principios morales al contacto con la experiencia diaria de la caverna.

Desde la descripción de esta postura inicial de Benda a partir de la cual el crítico debería situarse "afuera" de la caverna,

“distanciado” aunque digno y relativamente optimista, Walzer nos hace circular por una zona textual en la que es posible percibir una tensión entre alejamientos y regresos, una suerte de forcejeo, no demasiado terminante, entre los intelectuales y los “dilemas del compromiso” a los que se enfrentan. Incluiría, quizás en menor medida, el capítulo sobre R. Bourne -quien por momentos propone cierto distanciamiento científico- y en mayor grado los relativos a M. Buber, A. Gramsci, I. Silone y A. Camus. El volumen crece desde este momento en lo que a textura histórica se refiere y entonces es posible percibir de manera más concreta la participación, el silencio, el desencanto o la esperanza vinculados a la función del crítico. R. Bourne oponiéndose a la guerra es eje del segundo capítulo de la serie, con la exposición de su proyecto americano y esa apuesta a un nacionalismo cultural que prepara el terreno para el estudio sobre M. Buber.

El compromiso sionista de Buber es el núcleo temático del capítulo siguiente que proyecta asimismo a la exploración de la denominada crítica interna, desde el análisis de la postura de este intelectual nacionalista funcionando como crítico de la política nacionalista y una revisión de nociones como **nación, nacionalidad, nacionalismo, pueblo o binacionalismo** que permite a Walzer reflexionar sobre la cuestión de la moralidad vinculada a los límites de cualquier proyecto programático.

Más adelante, a través de la versión de la doctrina marxista de A. Gramsci, surge la descripción exhaustiva de la figura central de la misma -el intelectual comprometido, el “filósofo democrático”- y específicamente el examen de su tarea crítica dirigida a la conciencia, la cultura y el modo de vida de los hombres comunes -“intelectuales de la vida cotidiana”- a quienes aspira a dirigir.

La ejemplificación, desde Ignazio Silone, de la idea de moralidad heredada más que adquirida, aborda la marca generada en el intelectual por los principios morales de su lugar de origen y esa necesidad de regresar, aún lejos a través de la imaginación, en busca de las motivaciones iniciales, para volver a ser un crítico de lo que ha transitado por elección, en este caso el Partido Comunista.

En el capítulo sobre Camus, Walzer reconsidera la relación del intelectual con la guerra -la de Argelia- en una defensa de la postura de este crítico; diferencia las nociones de "conexión" y "distancia", revalorando la primera, ese sentido de pertenencia a una "tripulación" que propone Camus y exalta su desapego a cualquier ejercicio veredictivo con pretensiones de autoridad respecto de los demás.

Los capítulos sobre G. Orwell y S. de Beauvoir se centran en la cuestión del punto de vista adoptado por los críticos sociales, detallando los argumentos más fuertes de estos intelectuales respecto del socialismo en el primer caso y de un feminismo en ese tiempo incipiente, en el otro. Walzer se detiene en las mejores novelas y ensayos de Orwell, en sus pesadillas -los engrandecimientos colectivos, la jerarquía, el totalitarismo- y describe su socialismo "condicionado y concreto". Jerarquiza por otra parte, la tarea crítica de S. de Beauvoir -que tiene como objetos principales a grupos no movilizadas: las mujeres, los viejos- exponiendo su plataforma y tratando de reflexionar sobre su carácter de "mujer asimilada y luego crítico de la exclusión"(160).

Próximos al final, desde el capítulo sobre H. Marcuse y su lectura de la unidimensionalidad de la cultura contemporánea, se abre un espacio pesimista y sombrío en la serie, donde la decepción, el escepticismo y ciertas marcas de desconexión son nota-

bles. Walzer describe la clausura de la crítica de Marcuse propuesta a través del lenguaje mismo, vinculada más con un compromiso teórico que con una percepción sociológica. En este sentido, el gran cuestionamiento a Marcuse es su crítica radical al lenguaje corriente -donde "los términos críticos han sido purgados de sus significados"(183)- y su adhesión a un lenguaje filosófico socialmente remoto que sería signo de su distanciamiento radical.

Los dos estudios finales se detienen en la descripción del perfil de M. Foucault a través de su examen de las relaciones de poder contemporáneas y de su actitud hacia las mismas, y en la cuestión de la escritura crítica en el exilio, desde el poeta sudafricano B. Breytenbach -quizás el menos familiar de todos los intelectuales de la serie. Surge en el primero de los casos, la reflexión sobre una postura que pierde su eficacia crítica por ser anarquista/nihilista y eminentemente teórica, por estar desconectada en el sentido de mostrar -a veces con gran acierto- desde "ningún lugar" y por rehusarse a pertenecer, a encontrar razones o proponer proyectos alternativos. En el segundo caso, se trata en cambio, de un ejemplo de "conexión desesperada" de un intelectual revolucionario opuesto al apartheid, quien en principio por elección y posteriormente por necesidad, ha dejado su tierra y vive en París, pero que sin embargo no ha aceptado su lejanía y no ha abandonado un compromiso particular que sólo mantiene desde "un diálogo con el interior"(220).

Finalmente, en la Conclusión, Walzer realiza, tal como anticipa en las primeras páginas, "una exposición sumaria". Allí despliega una mirada crítica sobre su propio trabajo, fundamenta sus elecciones y enlaza brevemente el itinerario construido, puntualizando alternativas o modalidades de la práctica crítica desde el problema central del volumen. Lo relevante aquí es la recuperación

del propio guión escrito en fragmentos, esto es, su modelo tentativo de crítico social conectado, cuyo ejercicio asimila al ejemplo de Hamlet, quien da a su madre un espejo que le muestra la parte más escondida de sí misma

Si reparamos en algunos de los sustantivos -derrota, crisis, desesperación, esperanza- que emplea Walzer en los diversos títulos de este apartado, ejercicio que nos sitúa de lleno en la forma de desarrollar su propia práctica, nos es posible percibir con claridad la dinámica que perfila sus consideraciones. Indudablemente, el itinerario trazado reconstruye un proceso que culmina en una situación de derrota crítica, de retroceso de los críticos globales y por momentos, de obsesión de disolución de esta práctica. Sin embargo, nos interesa por una parte, jerarquizar ciertos aspectos -con los que coincidimos plenamente- que son retomados, y además, el tono de la culminación del texto, que en realidad es corolario no sólo de las historias de intelectuales más o menos conectados que se han mostrado, sino de la intensidad programática que por momentos cobra la presentación. Nos referimos, en principio, a las nociones de **moralidad** y de **necesidad** de la práctica crítica en el espacio social. Desde una recuperación de lo que Walzer describe como las tareas del crítico y el sostén de las mismas, entramos de lleno en la significación de estas palabras: cuestionar lo que considera falso y erróneo, expresar las desesperanzas y aspiraciones de los demás y mostrar otras formas de falsedad y aspiraciones también valederas, protegido por la única y más eficaz "armadura de la supervivencia crítica"(225): su **sensibilidad moral**, con la que siempre es posible contar, aun cuando los modelos teóricos fracasan.

Relacionado con esto, el problema de la "distancia" que debe asumir el crítico respecto de "su" sociedad -Walzer insiste

en que la crítica más fuerte y persuasiva se desarrolla en la "propia lengua y en la propia tierra" (228), después de haber escuchado a los demás, situación desde la que entonces sí es posible reconocer al "otro"- nos involucra con las nociones de **compromiso** y de **límite**, de posicionamiento del intelectual enemigo de la desconexión, siempre articulado en una suerte de equilibrio sutil entre la participación y la percepción crítica, cuya ambición debe tender a resarcirse con la efectividad de su tarea y no con escaladas en las estructuras de poder.

Pensamos, por último, en el tono exhortativo de la propuesta, en el llamamiento y la provocación generados desde un lenguaje -que es siempre vehículo y nunca barrera- sencillo, coloquial por momentos, que evidencia coherencia entre los planteos teóricos del autor y su propio ejercicio y un compromiso desde el que se apela al nuestro -lectores y críticos- , para detenernos en la esperanza y en una nueva necesaria vitalidad de esta práctica que siempre debe "con coraje" tratar de

*Encontrar el camino tanto en las pequeñas batallas
como en las grandes, ser fiel a las esperanzas de
la rebelión popular, sobrevivir a las derrotas,
sostener una forma de crítica interna, relevante
y leal a la política democrática... (234)*

NOTAS

¹ Michel Walzer, **La compañía de los críticos. Intelectuales y compromiso político en el siglo XX**. Bs.As: Nueva Visión, 1993, 255 págs [Trad. Horacio Pons]. La paginación referida corresponde a esta edición. (Título del original en inglés **The Company of Critics. Social Criticism and Political Commitment in the Twentieth Century**).